



Seix Barral Biblioteca Breve

Elena Poniatowska

Dos veces única

EL MÉXICO DE LUPE MARÍN

En 1976 entrevisté en su casa de Paseo de la Reforma número 137 a Lupe Marín. De esa larga conversación se publicó una entrevista en el periódico *Novedades* el 10 de febrero de ese año. Tiempo atrás, el 26 de febrero de 1964, también para *Novedades*, había entrevistado a su hija, la arquitecta Ruth Rivera Marín, y el 17 de diciembre de 1969 el mismo diario publicó mi artículo «Ruth Rivera, una flor de Nochebuena que ha muerto», a la mañana siguiente de su fallecimiento.

El 22 de mayo de 1997 recibí en Chimalistac a Antonio Cuesta Marín, hijo de Lupe Marín. Cada vez que venía a México desde Tlaxcala traía a la casa copias de bodegones de Frida Kahlo para ver si podía yo venderlas, tarea para la cual resulté totalmente inepta. También me ofrecía artesanías de barro, de ixtle, copias de códices y alguno que otro objeto tallado en madera. Devanó frente a mis ojos una vida de mucho sufrimiento.

A lo largo de dos años, 1997 y 1999, hablé largamente con los nietos de Lupe: Juan Pablo Gómez Rivera, Diego

Julián López Rivera, Ruth María Alvarado Rivera, Pedro Diego Alvarado Rivera y Juan Coronel Rivera. Guardo un recuerdo conmovido de Ruth, la única mujer, a quien siempre vi como a una niña desamparada que vivía en los terrenos de lava negra cercanos al Anahuacalli con su hijo, Diego María. Casi todos los nietos de Diego Rivera y ese bisnietito llevan su nombre marcado a sangre y fuego, como una huella indeleble o una cadena con candado cuya llave solo guarda, para bien o para mal, su mítico abuelo.

También tuve la oportunidad de entrevistar a Miguel Capistrán, a Concha Michel, a Juan Soriano y a Chaneca Maldonado, que trataron y amaron a Lupe Marín.

Años después, al ver la cantidad de material, decidí escribir una novela sobre ese México en el que Lupe Marín —mujer de Diego Rivera y luego de Jorge Cuesta— jugó un papel inesperado que la convierte —al igual que Frida— en un personaje legendario. A pesar de Frida Kahlo, Lupe Marín brilló con luz propia.

¿Por qué una novela? Porque todas las respuestas de los entrevistados apuntaban a un relato fantástico, y porque tanto *Dos veces única* como *Leonora* o *Tinísima* pueden ser el punto de arranque para que un verdadero biógrafo rescate la vida y obra de personajes fundamentales en la historia y en la literatura de México.

A medida que avanzaba en la escritura, Sonia Peña y yo fuimos a Cuernavaca a entrevistar a Rafael Coronel, segundo esposo de Ruth Rivera Marín, y más tarde a Tlaxcala para hablar con el escritor Wilebaldo Herrera, amigo y protector de Antonio Cuesta Marín. En el ingenio El Potrero, en Córdoba, Marduck Obrador Cuesta, nieto de don Néstor Cuesta de su segundo matrimonio, no solo me reveló detalles de la vida de Jorge Cuesta, sino

que me enseñó libros que le pertenecieron. En la Ciudad de México, Horacio Flores Sánchez trazó con admiración y nostalgia los rasgos de su amiga y compañera en Bellas Artes, Ruth Rivera Marín. El generoso Víctor Peláez Cuesta, hijo de Natalia Cuesta Porte-Petit y sobrino de Jorge Cuesta, no dudó en llenar lagunas y responder a preguntas cada vez que venía desde Canadá para hablar de la vida y la obra de su tío Jorge, ya que prepara un libro sobre la saga familiar de los Cuesta. En su casa de Coyoacán, Arturo García Bustos y Rina Lazo recordaron a Diego y a Frida, y Martha Chapa fue hasta mi casa con la devoción de una hija y ponderó los días y las horas que pasó al lado de Lupe. Las numerosas entrevistas a Guadalupe Rivera Marín, la hija mayor de Diego y de Lupe, hechas a lo largo de los años, confirmaron su inteligencia, su lucidez y el gran amor que le profesó a su padre.

Lupe Rivera Marín leyó la versión íntegra de *Dos veces única* como también lo hizo Juan Coronel.

¿Por qué una novela? Cuando llegué a México en 1942 me asombró encontrar en un mapa de la República Mexicana que muchas zonas por descubrir, pintadas de amarillo, se ofrecían a la vista de los alumnos de primaria. Venía de Francia, donde los jardines son pañuelos y se cultiva hasta el último pedacito de tierra. Quise documentar a mi país no solo por sus aguas como las del Papaloapan, o sus jaraneros bajo los arcos del Café de la Parroquia, sino por sus personajes que eran en sí mismos un territorio florido y contradictorio: Carlos Pellicer, Tabasco; José Revueltas, Durango; Lupe Marín y Juan Soriano, Jalisco; Diego Rivera, Guanajuato; Octavio Paz, Mixcoac, en la capital; Guillermo Haro, Puebla, o mejor dicho, Tonantzintla.

Adentrarse en la geografía de Lupe Marín es recuperar la Revolución y sus armas calientes, el costurero con

su Singer, sus hilos y agujas, los arrayanes, el vértigo de los Contemporáneos, al gran Lázaro Cárdenas y su heroica expropiación petrolera. Es caminar por el mercado de la Merced e ir a pie al Monte de Piedad del Zócalo y a la Secretaría de Educación en la calle de Argentina, en el Centro Histórico. Es abrir la puerta del imponente despacho de Narciso Bassols y su educación socialista, asomarse al balcón del Palacio Nacional bajo el estallido de los cohetes y los fuegos de artificio, esquirlas de luz en la noche del Grito cada 15 de septiembre. Inclinarsse sobre Lupe es descifrar la biblia en los murales de los Tres Grandes pero también el dios mineral de Cuesta de la mano de José Gorostiza y el «torpe andar a tientas por el lodo» de su muerte sin fin. Lupe canjeó los brazos de un gigante subido en andamios por los de un desesperado poeta y alquimista que se movía —como él mismo escribe— en «un raquítrico medio intelectual».

Lupe Marín siempre fue una tierra vasta y fértil, a veces árida, otras tormentosa y despiadada, pero jamás plana. Conocerla es descubrir un aspecto recóndito de ese terrible rompecabezas que es México.

CAPÍTULO 1

EL PARAÍSO

Guadalupe viene hacia él, sus labios de gajos rojos se caen de tan llenos, sus manos sobre su vientre se abren y Diego la abarca entera, alta como él, voraz como él.

—¿A poco toda esa fruta es suya?

Sí, toda la fruta es de Diego Rivera, la luz en los melones y las naranjas es de Diego Rivera, el suave vello que cubre los duraznos y la piel de las uvas es de Diego Rivera.

Desde ese día Lupe se come al pintor a quien saca de una batea rebosante de mangos, sandías, plátanos y piñas. Después de hincarle los dientes y tragárselo, chupa la miel en sus largos dedos y se limpia la boca con la mano, una boca olmeca grande, fuerte, demandante.

—Ya no dejé nada.

—Nada —constata el pintor.

Julio Torri, atónito tras sus anteojos redondos, le explica a Diego:

—Me pidió que la trajera: «Llévame a conocerlo porque me voy a casar con él». No imaginé que te devoraría tan pronto.

Al ver a Diego sonreír, Lupe estira la mano hacia un plátano y lo pela, luego destripa una guanábana toda perfume:

—¿Han oído a las guanábanas caer sobre la tierra?
—pregunta—. Caen muy bonito.

Y ella, ¿caerá bonito?

Comerse una fruta a mordiscos, el jugo escurriendo por la comisura de los labios, es algo que Diego no ha visto antes. Mira los ojos verdes de sulfato de cobre, ¿o serán azules?, el cuello largo, el pecho plano de Lupe. La miel resbala hasta llegar al cuenco del vientre, resbala sobre los muslos, las largas piernas. Cuando de un tronido la mujer revienta una manzana, Diego escucha el ruido en su corazón. También en sus entrañas. «Va a relinchar», pero no es el relincho lo que lo parte como un rayo, sino la mano que se alarga. Esa mano es una garra y una flor de manita a la vez, un sarmiento, una raíz, una pata de gallo con espolones, un tronco de vid, una antiquísima concha de mar, una rama de marihuana, un flamboyán.

Cuando ya no queda sino una semilla en el frutero, Lupe, como animal agradecido, le enseña a Diego sus encías rosas:

—Me comería otra batea...

—Si quieres vamos por otra.

Julio Torri —pequeño entre los dos gigantes— limpia sus anteojos:

—Bueno, Lupe, tú querías conocerlo, ya te lo presenté —se despide.

Diego toma una cazuela de barro: «Vamos a llenarla en la Merced».

Descienden del piso alto del estudio en el ruinoso edificio del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, antiguo colegio de San Gregorio, al lado del Anfiteatro Bolívar,

y caminan hombro con hombro, fruta con fruta. Diego avanza lento, pesado, plácido, sin apuro ni prisa, asentándose sobre la tierra con la gravedad de un paquidermo.

A su paso salen las lechugas esponjadas y cubiertas de gotas de agua, las coles, los rábanos, el amarillo pálido de las guayabas, el anaranjado de las mandarinas, los betabeles abiertos que oscilan entre el morado y el azul violeta, el verde tierno de la alfalfa que sirve de alfombra a todas las verduras, el verde profundo de los pepinos, esmeralda, amarillo limón, el índigo ultramar y rojo sangre de las fresas más maduras, el azul añil del papel de China que envuelve las peras que vienen de Oregon y por eso cuestan más. Lupe toma una chirimoya, la aprieta y la hace estallar, su pulpa al aire, y frente a la vendedora de jícamas pide sal:

—*Pa* mi jícama con limón, seguro aquí tienen un sale-ro —le asegura a Diego.

Y tienen.

—Jícamas, zanahorias y fresas, esa es mi dieta —informa Diego y abarca el mercado entero con el brazo extendido—: Toda esta gente es mía, mira a esta marchanta con los ojos color de uva, toda, todita va a ir a dar a mi mural.

Lupe camina a zancadas y Diego observa sus piernas largas, sus pies grandes.

Saciada, la fiera mira con gratitud al hombrón a su lado.

—¿Sabes?, en Guadalajara mi madre me enviaba a comprar el pan de la merienda y yo, ya desde entonces, tenía hambre. Pagaba en el mostrador de zinc y de regreso abría la bolsa, sacaba una concha y la lamía hasta dejarla sin azúcar. De tanta hambre no me importaba que me vieran.

Para sus hermanas Justina, Victoria, María, Carmen, Mariana e Isabel, Lupe es un fenómeno, demasiado alta y

demasiado morena. «Qué prieta salió Lupe, ¿verdad? Nosotros somos descendientes de españoles; a ella la sacaron de la carbonería». Para Lupe, sus hermanas son unas gorditas sin chiste que no saben salir a la calle a jugar canicas, no se ensucian ni rompen su vestido, no saltan la cuerda ni pelean con los chamacos, no suben a los árboles, no roban las ramas floreadas en el Jardín de Escobedo. Claro que a ellas tampoco su madre, Isabel Preciado, les da sus cuerazos con el chicote de amansar a los caballos.

Lupe hace tronar sus recuerdos como antes tronó la manzana.

«Mire nomás a la flaca, anda chiroteando en la banquetta». ¿Qué es eso de chirotear? «¿No has visto sus patotas? Ni zapatos puede comprarle mi papá de tan grandes sus pies. Por eso hereda los de Celso». «¿Cuándo se le va a quitar lo prieta y lo mechuda?».

—¿Sabes, Diego?, tampoco mi madre me quería, le chocaba todo lo que yo hacía, cómo hablaba, cómo caminaba. «Lupe, vete al mercado y traes el cambio». Ir al mercado, aunque fuera por cuatro jitomates, era una fiesta. Hoy, para mí, tú eres cuatro jitomates.

Diego jamás ha visto una boca igual y se concentra en sus labios.

—Marchantita, estos dominicos son más sabrosos que los plátanos grandes...

Lupe se los traga de una mordida. Diego, fascinado, ve cómo sus manos tapan su boca. «Es un animal prehistórico».

—No tengo llenadera, si seguimos aquí voy a acabarme el mercado.

¡Qué manos las de Lupe! A su lado, las de Diego no existen; las de ella son cinco veces más grandes, las uñas cortas, duras, eternas como conchas de mar. Son garras

de águila, podrían alzarlo en el aire, a él, tan gigantón. De colgarse de esas manos, ¿lo ahorcarían? Lupe las sacude para limpiarlas, los dedos interminables bailan desganzados, los huesos expuestos, nudillos y coyunturas saltonas a lo José Guadalupe Posada.

Diego al principio le parece «un monstruo horrendo y fachoso»; ahora le cae en gracia, y a los pocos días le divierten su panzota, sus calcetines caídos, sus zapatos sin bolear, sus pantalones rabones, su sombrero aguado y su bastón de Apizaco. Carajo, él es Diego Rivera y puede hacer lo que se le dé la gana, vestirse como se le dé la gana. Rivera usa ropa que venden en la acera por montones y compra sus camisas a los soldados en la Lagunilla.

—A él esas fachas le quedan bien y a ti tu trajecito y tu corbatita —le asegura Lupe más tarde a Julio Torri, cuyos anteojos siempre están empañados—. Finalmente, Diego es el rey de México.

—Será el tlatoani.



CAPÍTULO 2

LA PRIETA MULA

Diego se cuida de interrumpir a Lupe, le fascina observar esa boca casi siempre abierta y escuchar su respiración ruidosa. Cuando deja de hablar, mantiene los labios entreabiertos esperando la respuesta. El enojo la hermosea, y como en ella es frecuente Diego no la pierde de vista. Todo en Lupe es instinto. Diego ha conocido mujeres desenvueltas, pero ninguna como esta, intuición pura.

¡Qué bueno caminar del brazo de un hombrón que todos voltean a ver!

¿Por qué le contaba a él toda su vida? ¿Sería por la bondad en sus ojos saltones? ¿O sería porque ya se había enamorado? Todas sus fuerzas vitales se concentraban en Diego, sería su salvador.

—¡Qué infancia tan jodida la tuya, Lupe! Vamos a la Merced a llenar la olla.

La miel de las frutas suple el desamor de la infancia.

—Oye, gordito, ¿eres el pintor más grande de México o del mundo?

—Del mundo, Lupe, del mundo.

—¿Hasta de Chinajapón?

—Hasta de China y de Japón.

—¿Chinajapón no es un solo país?

—No.

—¿Entonces por qué cantan eso de «chino, chino, japonés, come caca y no me des»?

—¿Es eso lo que sabes de geografía, Lupe?

—¿Y eres rico? —cambia la conversación.

—No.

—¡Ay, qué horror, yo odio la pobreza! Desde niña me impidió tener zapatos, nunca pude invitar a nadie a la casa. Tampoco nadie nos invitaba porque a la gente pobre nadie la quiere. Lo que me consolaba era que en el mercado Corona las marchantas me regalaran un puñado de tamarindo con sal. Cuando supe que mi hermana María se había casado en la capital, decidí buscarte y ganarle. Ella se pescó al pintor Carlos Orozco Romero. Tú eres mejor, ¿verdad?

Diego escucha con la avidez de los curiosos, el brazo de Lupe apoyado en el suyo. Para Lupe, lo más sorprendente es que esta montaña alta y gruesa a su lado termine en unas manos diminutas. Diego sostiene entre ellas una libreta de apuntes y dibuja al mecapalero, a la vendedora de alcatraces, su niño dormido en la espalda como un alcatracito a punto de abrirse. Lupe se une al coro admirativo que observa a Diego. Dibuja el puesto de rábanos, el de los jitomates. No hay la menor malevolencia en sus ojos bolidos. «Es un gordo bueno, jamás me va a hacer daño», le confía Lupe a la vendedora de calabacitas. El gordo también la dibuja a ella: Lupe, de frente y de perfil, sus orejas expuestas, sus palabras que estiran o aflojan sus labios olmecas y sus manos, sobre todo sus manos que la hacen única. Esa mujer es una yegua, no, más bien una mula por

prieta, por el brillo de sus ancas, su piel que no se arruga en los codos, sus rodillas lisas, pulidas como dos huesos de aguacate, sus cabellos de chapopote caliente, el verde azul inclasificable de sus ojos. Lupe lo mira a él como un ave de presa, siempre al acecho. Y sin más, él la conmina: «Prieta Mula, pero muy chuza», y ella dobla la cerviz y acepta.

Cuando Lupe conoce a Diego piensa que a su lado bastaría estirar la mano.

El pintor la acompaña a casa de sus primas las Preciado, muy cerca de la plaza Garibaldi. Antes, todos se fijaban en sus ojos verdes y grises dentro de un círculo negro, ojos de gato, ojos de agua, ojos de traición, ojos pagados de sí mismos; Diego, en cambio, se detiene en sus manos. «Quiero pintarte en el Anfiteatro Bolívar, Prieta Mula. ¿Cuándo me vas a posar?».

Ya posaron para él la pequeña Palma Guillén (elegida por doña María del Pilar Barrientos, madre de Diego, para casarse con él); Lupe Rivas Cacho, la actriz que Diego enamora; Julieta, la esposa del crítico Jorge Juan Crespo de la Serna; Carmen Mondragón, Carmencita; María Asúnsolo, la prima hermana de Dolores del Río; Graziella Garbalosa, venida de Cuba «ebria de tropical erotismo», y finalmente dos camaradas del Partido Comunista: Luz González, quien sería secretaria de Inés Amor en la Galería de Arte Mexicano, y Concha Michel, la cantante viajera.

Roberto Montenegro, convocado por José Vasconcelos, es el primero en pintar en San Pedro y San Pablo. A él lo enloquecen Gabriela Mistral y Berta Singerman y habrá de pintarlas más tarde en la gran oficina de Vasconcelos, secretario de Educación. Este le asigna a Rivera un corredor y una sala para novecientas personas, con un órgano

empotrado en el muro central. En ese espacio se dan conciertos y recitales poéticos de la argentina Berta Singerman venida de Buenos Aires.

«Podrías pintar *La Creación*», aconseja Roberto Montenegro, y Diego se decide por la encáustica, que se mezcla con cera de abeja y resina y es difícil de aplicar.

—¿Cómo le vas a hacer con el órgano? —pregunta de nuevo Montenegro.

El órgano interrumpe la superficie; imposible quitarlo. «Voy a callarlo con mujeres», responde Diego, y a cada una de sus modelos le hace una aureola de mosaicos bizantinos de Ravena. Convierte los tubos del órgano en el tronco del árbol de la vida. Los símbolos cristianos, la Música, la Fortaleza, la Caridad, la Canción, la Danza, la Justicia, la Templanza, cada una vestida con una túnica, la cabeza cubierta por una aureola dorada. Carmen Mondragón, Carmencita, a quien el Dr. Atl, Gerardo Murillo, más tarde bautizaría como *Nahui Ollin*, representa la Poesía con el inmenso impacto de sus ojos desquiciados. A Lupe, criolla de Jalisco, la sitúa detrás de una mujer desnuda con un rostro faunescos. La cubre con un rebozo rojo.

En el mismo San Pedro y San Pablo, subido en el andamio de otro muro, José Clemente Orozco declara que el mural de Diego es malo, «una miseria». «¿Qué relación tiene este mural con México? Ninguna».

Diego pide a Lupe que lo acompañe a casa de Carlos Braniff en el Paseo de la Reforma. A Lupe no la intimidan el jardín versallesco, el piso de mármol, la parvada de meseros de filipina blanca que giran con sus charolas en torno a los invitados. A Braniff le divierten las historias truculentas de Diego y hasta aplaude su pistola. A Lupe, lo único que le importa ahora es confrontar a la Rivas

Cacho, a la que Diego aplaude en el Lírico y besa en su camerino. «Pero si es una cucaracha, no me llega ni a la cintura», piensa Lupe, roja de celos.

Lupe Rivas Cacho tiene un público adorador al que llama «mis pelados». Diego acude noche tras noche al Lírico a verla moverse al ritmo de «¡Vacilón, qué rico vacilón!».

«Dale, dale, dale, no pierdas el tino, porque si lo pierdes, pierdes el camino», corean Braniff y sus invitados a la hora de la piñata, porque a los adultos les gusta jugar a ser niños. Lupe acecha a uno de los meseros y sin más le pide: «¿No me presta tantito un cuchillo?», y aunque lo sorprende, el muchacho se lo trae de inmediato. Lupe busca con la mirada la cuerda que detiene la piñata y en el momento en que la Rivas Cacho queda exactamente debajo de la olla, corta la cuerda y cae sobre la cabeza de la actriz. Estupefactos, los anfitriones ven cómo Lupe se avienta por encima de Diego con el palo de la piñata.

—Mira lo que le hago a tu consentida. Voy a rematarla, a ver si ahora sigues visitando a esa cucaracha.

Ante el asombro de los Braniff, las *vedettes* y los cómicos del Teatro Lírico y demás invitados, Diego saca a Lupe de la fiesta, pero en vez de reprenderla le conmueve su osadía. Nadie como ella. Esta fiera le ha dado la más alta prueba de amor.

«De veras me quiere. ¿Con qué cortaría la cuerda? ¿Traería navaja esta bárbara?».

Al día siguiente le propone viajar a Juchitán. «Tengo que ir al sureste, a Tehuantepec, ¿me acompañas? Vasconcelos, el secretario de Educación, considera indispensable que conozca México a fondo. Cree que no sé de sus indios ni de sus costumbres aunque ya le demostré lo contrario,

pero como él es el que paga quiero hacer apuntes para un árbol de la vida...

—¿Oaxaca es el árbol de la vida?

A Lupe le encantan las enaguas floreadas de las tehuanas que barren la tierra suelta, su cabello trenzado con cintas de colores, sus huipiles de terciopelo o de satén bordados de flores y pájaros, sus monedas de oro convertidas en medallas y collares, sus largos aretes de filigrana, sus dientes también de oro: «Mira, Panzón, traen encima toda su herencia, solo les faltó colgarse el tejolote del molcajete». El clima cálido y lleno de murmullos la intoxica y por eso reacciona despacio cuando doña Laila, quien nunca abandona su hamaca, se pone de pie frente a ella:

—Oye, Prieta Mula, las muchachas quieren comprarte al Puerco Pelado.

—¿A quién?

—A tu marido. ¿Cuánto quieres por él?

—Ni es mi marido ni lo vendo.

—Además de oro, las muchachas están dispuestas a darte una vaca y dos marranos.

—¿Qué?

—Si te parece poco yo puedo regalarte un pedazo de tierra y pagarle a los hombres que tú escojas para que te la trabajen.

En la noche Lupe, con los puños cerrados, golpea a Diego. «Es tu culpa; tú les diste entrada a esas muchachas, por eso se atrevieron, hasta me llamaron Prieta Mula como tú lo haces. A ti te dicen el Puerco Pelado».

Lupe resplandece cuando se enoja y a Diego lo recorren sensaciones jamás experimentadas. En sus ojos de pantera se agrandan dos cuchillos de obsidiana dispuestos a destazarlo. Todo en ella se precipita; su risa es un escándalo. Es Xochiquetzal pero también es Chicomecóatl.

La dulce Angelina Beloff desaparece frente a esta serpiente de plumaje esmeralda. Tehuantepec, su agua, la carnosidad de sus hojas verdes, la mano morena que toma la jícara para verter el agua, el brazo, las peras que son pechos, el cabello mojado, le abren la puerta a lo que de ahora en adelante será su pintura. ¡Ahora sí, Diego ya sabe qué pintar! La bañista es lo suyo, la bañista que es todas las mujeres de Oaxaca, la bañista que es Lupe y duerme a su lado. En el río, las tehuanas son cántaros de barro, su sensualidad se impregna en la yema de los dedos y pinta con el deseo de Lupe, el cuerpo de Lupe, los ojos de Lupe. Repasa a pinceladas sus muslos y se detiene en su cuerpo, más hermoso aún que el de las juchitecas que lo acechan. Cuando Lupe le jura: «Te amo con todas mis fuerzas», le responde que también él la ama, que Lupe es su nueva piel, y es verdad que ella lo ha vuelto de adentro para afuera.

Por eso, en el momento en que Lupe le comunica: «Mi papá pregunta qué ando haciendo en México, seguro me acusaron las primas envidiosas. ¡Qué desgraciadas! Tengo que regresar a Guadalajara», Diego se siente desolado, sobre todo porque ahora la Rivas Cacho no le dirige la palabra.

Imposible vivir sin esta mujer, imposible vivir sin este país.



